

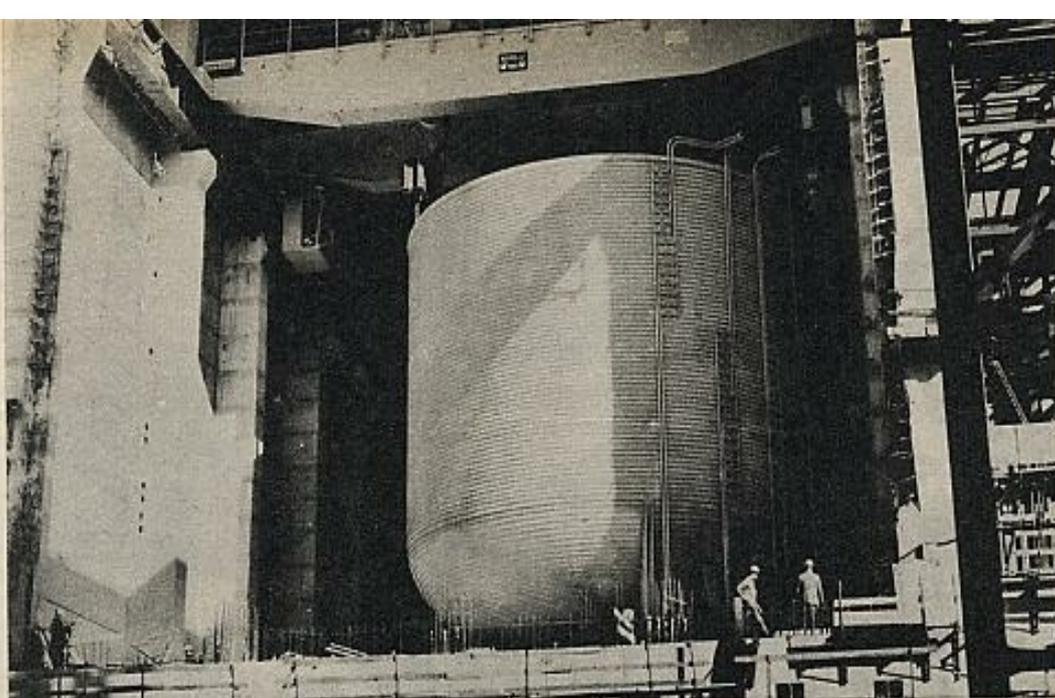


UE inoportuna coincidencia! El mismo día que la Comisión de Energía Nuclear estadounidense hace público un informe claramente destinado a sofocar todos los alarmantes rumores que circulan sobre escandalosos escamoteos de combustible nuclear, salta a la primera plana de los periódicos del mundo el caso de los cinco kilogramos de plutonio desaparecidos de la central de Mol (Bélgica).

De cualquier forma, el citado informe resulta escasamente convincente. Allí se reconoce por vez primera que en los últimos treinta años se han "perdido" más de cuatro toneladas de uranio enriquecido y plutonio. "Pero —se apresuran a añadir— no existe ningún temor de que este material haya sido utilizado para construir una bomba atómica ni se han registrado robos de los elementos necesarios para la construcción de dicho artefacto". Además, aseguran que es totalmente incierto que exista un mercado negro para el tráfico de las sustancias desaparecidas. ¿La explicación de estas irregularidades? Se aducen errores: errores en la contabilidad del material, errores en el depósito de residuos, errores en las proporciones mezcladas con otros elementos radiactivos...

Demasiados errores para una industria que se precia de sus sistemas de seguridad. Y aun aceptando esa disculpa, la cuestión es mucho más grave. En efecto, existen motivos para creer que la cifra de material "extraviado" es muy superior a la de esos cuatro mil kilos reconocidos oficialmente. Por otra parte, es seguro que parte de este material radiactivo está siendo utilizado para fines bélicos. Y resultaría infantil negar la existencia de organizaciones secretas que ponen a disposición de cualquier país con dinero todo el uranio o el plutonio que necesite para sus juegos de guerra y paz. La evidencia está en esas trece bombas nucleares que —según revelación de "Time" a principios de 1976— descansan en los arsenales del Ejército de Israel. Además, según fuentes bien informadas de Washington, el club atómico se ampliará próximamente con Argentina, España, África del Sur, Taiwán, Corea del Sur y otros quince países. Nos estamos acercando a un mundo en el que la proliferación de armamento nuclear alterará radicalmente las relaciones entre las naciones, haciendo cada vez más probable la repetición de los holocaustos de Hiroshima y Nagasaki a nivel mundial.

No son alucinaciones apocalípticas de esos incómodos pacifistas que vienen protestando contra las armas atómicas desde el final de la segunda guerra mundial. Son temores tangibles de las grandes potencias. En la política internacional del Presidente Carter se ve obvia-



Hay sed de armamento nuclear, los reactores funcionan en los cinco continentes y los Gobiernos no se hacen eco de la amenaza. En la foto, el reactor "Super-Phenix", que ocasionó las recientes manifestaciones en la zona francesa de Creys-Malville.

Energía nuclear

EL "MERCADO GRIS" DEL PLUTONIO

DIEGO A. MANRIQUE

mente el deseo de regresar a los tiempos felices en que los Estados Unidos detentaban el casi total monopolio de la tecnología nuclear y el control sobre la mayor parte de las reservas de mineral radiactivo del "mundo libre", pero también se advierte un miedo visceral ante una situación que se les escapa de las manos. Carter advierte que el sistema político actual se resquebrajará el día en el que las bombas termo-nucleares puedan ser utilizadas por grupos terroristas —aquí se recuerda la ocupación en 1973 de la central de Atrucha (Argentina) por parte de guerrilleros izquierdistas—, por delincuentes altamente organizados —el viejo recurso de los guionistas de "comics"— o por algún dictador megalomaniaco de alguna nación subdesarrollada —mención inevitable para Idi Amin Dada, naturalmente—. Pero si estas situaciones aparecen en un futuro próximo será gracias a la política insensata de varios Presidentes norteamericanos y a la sed de beneficios de ciertas grandes compañías sin escrúpulos que han colocado el plutonio al alcance de cualquier persona adinerada y con los contactos necesarios. Naturalmente, aquí es preciso evocar la tesis doctoral de John Phillips, un estudiante de la Universidad de Princeton que demostró que era posible fabricar una rudimentaria bomba atómica con los datos disponibles

en cualquier biblioteca bien surtida y poco más de diez millones de pesetas en materiales. Cuando la noticia apareció en la prensa, Phillips recibió una llamada de un funcionario de la Embajada paquistaní en Washington ofreciéndole comprar su estudio...

Átomos a la venta

Para descubrir las raíces de esta preocupante situación, tenemos que retroceder a 1954, cuando USA lanza a bombo y platillo su programa de "Átomos para la Paz". Es un golpe maestro: Estados Unidos proclama entusiásticamente que el uranio es la fuente energética del futuro y se ofrece a compartir sus secretos nucleares con sus fieles aliados en la guerra fría y caliente contra el comunismo. Cualquier país "de confianza" puede solicitar la construcción de una central nuclear para fines pacíficos. Todos se frotan las manos: el Departamento del Tesoro recibe unos ingresos extra que embellecen la balanza de pagos, el Departamento de Estado tiene una nueva carta para jugar en las relaciones exteriores, su impacto como baza propagandística —nadie hace caso a las voces que previenen de los peligros de la proliferación nuclear— es enorme y además crea miles de nuevos puestos de trabajo.

Durante casi veinte años, la Co-

misión de Energía Atómica (AEC) reparte por todo el mundo los famosos "átomos domesticados", proveyendo el 90 por 100 del uranio enriquecido que se emplea en los países occidentales y diseminando el "know-how" nuclear de acuerdo con las directrices de los sucesivos secretarios de Estado.

Esta intromisión de un Gobierno que predica la santidad del sistema de libre empresa desagradada a la creciente industria nuclear de los Estados Unidos, que ve así limitada su penetración en el mercado internacional. Durante los años sesenta, la demanda por la tecnología y el combustible nuclear va aumentando en todo el globo y las compañías se quejan amargamente de pérdida de posibles contratos. Comienza a funcionar en Washington un "lobby" que presiona por una liberalización comercial del átomo; sus esfuerzos dan resultado en 1973, cuando la Administración Nixon despoja a la AEC de su monopolio, permitiendo la libre concurrencia de las grandes compañías en el fabuloso mercado del uranio. Con la misma inconsciencia demostrada en 1956, cuando calificó de "astu-pidez" la petición de 11.000 científicos de 48 países para que se prohibieran las pruebas de bombas de hidrógeno, Richard M. Nixon da luz verde a la nuclearización salvaje del planeta, un proceso que hoy parece irreversible.

Lo que ocurre después es una típica historia negra de especuladores. Nada más anunciarse la liberalización del mercado nuclear, la AEC se ve asaltada por pedidos que agotan sus reservas, creándose inmediatamente una escasez artificial en la que los precios se disparan. Son unos años de euforia y grandes operaciones hasta que llega el desencanto. Una serie de circunstancias se combinan para ahogar el floreciente mercado interior: los costos de las centrales se han multiplicado, la oposición popular aumenta sin cesar (1.100 detenidos recientemente en la invasión de una planta inacabada), las directrices gubernamentales son confusas y la consecuencia es que no hay planes para construir nuevos reactores después de 1985. Una industria en expansión se ha quedado sin demanda local y las empresas afectadas se enfrentan con la posibilidad de sufrir grandes pérdidas. General Electric ve en peligro su inversión de 45.000 millones de pesetas; Westinghouse perdería una cantidad similar, Babcock and Wilcox unos 8.000 millones y la lista es aún más larga. Para todas estas sociedades, la única salida es el comercio exterior, por vías legales o clandestinas.

Actualmente existen dos firmas de corretaje dedicadas a la exportación de mineral radiactivo. El World Nuclear Fuel Market es un consorcio de 79 compañías americanas y extranjeras que trabaja desde Atlanta (Georgia) y que ha traspasado al menos cincuenta kilos de plutonio y unos diez mil de uranio. En estricto secreto se mantiene el nombre de los compradores y los detalles de ciertas operaciones no especificadas. De menor importancia es la Separative Work Unit Corporation, establecida en Gaithersburg (Maryland), que se ocupa de arreglar ventas entre compañías de USA y otros países.

Todos estos intercambios son favorecidos por el Export-Import Bank norteamericano, una entidad estatal que financia la exportación de bienes fabricados en USA. Con destino a las ventas nucleares, este Banco tiene proyectado conceder unos 900.000 millones de pesetas en préstamos durante el año 1978. Los trámites burocráticos tampoco son especialmente onerosos. Con el asesoramiento del Export-Import Bank, la Administración de Investigación y Desarrollo de la Energía (ERDA) concede licencias de exportación. Se trata de un mero formalismo cuando el país del destino entra dentro de la órbita USA. Pero lo extraordinario de todo el procedimiento es que los organismos norteamericanos no controlan el destino ulterior del material radiactivo. El comprador puede revenderlo a quien esté dispuesto a pagar.

Un ejemplo de cómo circunvalar los impedimentos del Congreso o el

Departamento de Estado para las ventas a ciertos países nos lo da Abolfath Mahvi, un amigo del Sha de Irán que se especializa en conseguir todo el armamento ultramoderno que Reza Pahlevi necesita para sus sueños imperiales. Existe una prohibición de proveer de plutonio —susceptible de empleo con fines militares— a Irán, pero Mahvi ha fundado la Compañía de Energía Nuclear Iraní, que adquiere todo el combustible que necesita a través de empresas europeas no sujetas al embargo americano. Para conseguir personal especializado no hay que dar tantas vueltas: Bechtel Inc. y otras compañías USA están dispuestas a enviar sus hombres más experimentados al golfo Pérsico. No hay restricciones en ese campo...

Llegó la corrupción

En octubre de 1975, el Instituto Hudson —un "think-tank" de tendencia generalmente reaccionaria



Carter, antinuclear en su campaña electoral, se muestra ahora a favor de la energía atómica.

en sus conclusiones— publica un trabajo donde denunciaba la ineffectividad del ordenamiento jurídico americano para controlar las ventas de plutonio y uranio. Se usa la expresión de "mercado gris"—una referencia al color del plutonio en estado líquido— para designar los trapicheos de algunas com-

pañías que evitaban el escrutinio del Congreso en sus ventas al exterior.

Sus advertencias caen en el vacío. Un año después, la Oficina de Contabilidad General confirma los temores de los cerebros del Hudson Institute. En su informe a un congresista manifiesta que su investigación de la industria nuclear ha revelado la falta de más de cinco mil kilos de plutonio y uranio enriquecido, temiéndose que una búsqueda más a fondo descubra nuevas irregularidades en los libros y en los depósitos. En algunas centrales, la cantidad de material desaparecido era tan grande que ni siquiera se podía explicar por una concurrencia de errores administrativos y fallos mecánicos; sin embargo, en dos plantas hallaron exceso de combustible, grandes cantidades de uranio y plutonio que no aparecían en los inventarios de las empresas. De ello deducen que "no hay forma efectiva de que el Gobierno determine si el material nuclear se pierde o es robado", y critican abiertamente al Comité del Congreso para la Energía Atómica por su miopía y falta de belicosidad. Claro que la actuación de ese Comité y de las agencias de la Administración se ha caracterizado siempre por servir primordialmente a los intereses de la industria. En las investigaciones del asunto Watergate se supo que tres miembros del Comité habían recibido sumas de dinero de manos de un "defensor" de las compañías nucleares. Muchos de los responsables de la supervisión de la industria proceden del sector privado y su parcialidad es manifiesta.

Y es que el "mercado gris" ofrece tentadores rendimientos. Lo más fácil es simplemente acumular "stocks" de elementos radiactivos a la espera de la inevitable subida de precio: no hay que olvidar que la libra de uranio pasó de seis dólares a cuarenta dólares en poco más de tres años (de 1972 a 1975). Para las ventas clandestinas, las ganancias son aún mayores. Un gramo de plutonio puede costar —según el precio fijado por el Gobierno USA— unas seis mil pesetas para el consumo interior, pero una potencia extranjera interesada estaría dispuesta a pagar una cantidad mucho más elevada.

Es un incentivo irresistible y el olor a podrido ya es demasiado fuerte: un memorándum secreto del Departamento de Estado avisaba de la probabilidad de escándalos tipo Lockheed en la industria nuclear, haciendo referencia a sobornos, comisiones ilegales y otras prácticas delictivas que son de uso común.

El escándalo ya ha llegado a la Gulf Oil Corporation, que ha confesado formar parte de un cartel con Río Tinto-Zinc y diversas compañías de Canadá, Australia, África

del Sur y Francia, que —ayudadas por sus respectivos Gobiernos— controlaban una parte importante del mercado del uranio concertando precios, repartiéndose zonas de influencia y amañando sus licitaciones para la compra de mineral en bruto. La participación de Gulf en una entente industrial formada para competir con los Estados Unidos es un delito según las leyes antimonopolios y puede contribuir a la aprobación de una ley que prohíba a las compañías petrolíferas norteamericanas su intervención en otros campos energéticos. Y no es más que la punta del iceberg...

Destino desconocido

Los expertos en el tema están seguros de que una fracción importante del material radiactivo "perdido" ha sido repartido por la CIA entre diversos aliados que no deseaban sufrir la inspección obligatoria del Congreso. La entrada de la CIA en el negocio de difundir tecnología nuclear tuvo lugar en los años cincuenta, cuando entregó —con la anuencia más o menos explícita de la Casa Blanca— importantes cantidades de uranio y datos científicos secretos a agentes israelíes. En la investigación de algunas desapariciones —por ejemplo, los 200 kilos de uranio enriquecido que se "volatilizaron" en una planta de Pensilvania allá por 1965— surgen pistas que llevan al Oriente Próximo. Carecemos de información fidedigna sobre el nivel de la industria nuclear de Israel, pero no cabe duda de que disponen de bombas atómicas. Sus necesidades en este campo exceden las cantidades suministradas por USA y de ahí que su Servicio Secreto haya buscado otras fuentes de aprovisionamiento, metiéndose en aventuras tan rocambolescas como la desviación del barco "Scheersberg A", cuya carga de 200 toneladas de uranio terminó en el puerto de Haifa. Una historia complicada en la que aparecen viajes misteriosos, nombres falsos, extraños convenios con las autoridades alemanas, compañías que sirven de pantalla, etcétera.

Igualmente enrevesado es el "affaire" Karen Silkwood, una muchacha que trabajaba en el cuartel general de Kerr-McGee Corporation, firma importante en la industria energética norteamericana. Silkwood murió en 1974, en accidente de circulación, cuando se dirigía a una cita con un periodista del "New York Times" y un funcionario de su sindicato, a los que había prometido información sobre irregularidades en la división nuclear de Kerr-McGee. Posteriormente, un experto dictaminó que el accidente había sido provocado intencionadamente por otro automóvil; alguien se había apoderado de un sobre con supuestos documen-

ENERGIA NUCLEAR

tos comprometedores. Se supo que días antes se habían detectado niveles peligrosos de radiación en el piso de Silkwood. Las indagaciones que se han efectuado desde entonces no han localizado al posible homicida, pero han dado lugar a una serie de sorprendentes reacciones. El agente del FBI que se ocupó del caso sufrió una reprimenda cuando intentó dirigir sus averiguaciones hacia el destino de ciertas cantidades de plutonio —entre 20 y 60 kilos nada menos— desaparecidas de los almacenes de Kerr-McGee. Una investigación de un senador se suspendió después de la visita de un alto ejecutivo de Kerr-McGee. Una periodista que trabajó como informante del FBI en otros tiempos fue desenmascarada como castigo por su "falta de cooperación" en el asunto Silkwood. Hasta el Departamento de Justicia cometió bastantes irregularidades. Salió a la luz que Dean McGee y Robert Kerr —fundadores de la empresa— tenían lazos muy íntimos con la CIA. John Dingell —congresista y enemigo de Kerr— vio frustradas sus pesquisas en este asunto al aparecer implicado en una historia de prostitución "descubierta" por el FBI. Incluso un productor cinematográfico que prepara una película sobre la vida de Silkwood ha sido molestado continuamente. Y toda una serie de chantajes, amenazas y oscuras presiones que hacen suponer que la desaparecida llegó a descubrir algo realmente importante, posiblemente una red de contrabando nuclear en la que intervenían servicios de inteligencia norteamericanos. La verdad tal vez nunca se sepa, pero la figura de Karen Silkwood ha ingresado en el martirologio de diversas organizaciones feministas y antinucleares.

¿El fin del monopolio?

Cuando Nixon abrió el filón nuclear a las hambrientas multinacionales, el resto del mundo entendió que había comenzado el fin de una etapa de libre competencia. Hasta entonces, Canadá y los países europeos aceptaban a regañadientes el papel de USA como árbitro en todas las cuestiones nucleares. Además, los intentos de independizarse habían terminado en descalabros, ya que la AEC no tenía inconveniente en ofrecer precios más competitivos aun perdiendo dinero.

Como ya hemos señalado, una serie de compañías y Gobiernos se unieron para constituir un cartel. USA toleró esa estratagema, pero ahora se halla francamente alarmada ante el hecho de que Alemania y

Francia demuestren tan pocos escrúpulos como ellos en la diseminación de la tecnología nuclear. El recuerdo de la bomba atómica india —desarrollada con tecnología canadiense y uranio norteamericano— ha puesto en febril actividad a todos los recursos diplomáticos de Carter.

Sus esfuerzos sobre Francia parecen haber dado resultado. El contrato entre Pakistán y el Gobierno francés ha quedado congelado, alegando éste que todos los disturbios recientes y el cambio de Gobierno modifican sustancialmente la situación política. A pesar de sus esfuerzos, parece que los paquistaníes seguirán en inferioridad militar frente a la India, su temido vecino.

El caso brasileño es más espinoso. Washington prohibió que Westinghouse y Bechtel concurrieran a la subasta convocada por el Go-



Nixon abrió el filón nuclear a las hambrientas multinacionales.

bierno de Brasilia. Sin la competencia de las dos multinacionales, la República Federal de Alemania firmó un tratado comprometiéndose a instalar ocho reactores nucleares más dos plantas complementarias que liberarían a los generales brasileños de la tutela norteamericana. Al disponer de una planta de enriquecimiento de uranio, la dependencia con el exterior se reduce al mínimo. Luego, una planta de reciclaje de combustible nuclear permite conseguir el ansiado plutonio, elemento de brutal radiotoxicidad que puede ser convertido fácilmente en bombas de una efectividad espeluznante (con sólo cinco kilos de plutonio se puede crear un artefacto tan potente como el que asoló Nagasaki). Es un paso decisivo para la historia de América del Sur y nadie quiere ceder. Alemania no

quiere renunciar a un negocio de 650.000 millones de pesetas en un momento en que toda su industria nuclear está en crisis por la casi segura suspensión de la construcción de centrales en territorio alemán. De cualquier forma, USA sigue apretando sus clavijas. Y sus métodos pueden ser muy efectivos. Se especula que una de las razones de la intensa actividad desestabilizadora de la CIA contra el Gobierno laborista de Gough Whitlam en Australia fue precisamente la inminencia de la exportación de uranio en gran escala. Ahora, el nuevo primer ministro ha dado a conocer el sistema de salvaguardias que regulará las ventas de uranio australiano. Según los especialistas, el sistema es "enormemente similar" al que rige en los Estados Unidos...

Como se ve, Jimmy Carter está empeñado en salvar al mundo. Es un salvador insólito: un gobernante cuya equívoca actitud antinuclear ha sido dictada por motivos electorales y que privadamente presume de ser un físico nuclear (título que no le corresponde a pesar de sus meses de servicio en una base de submarinos atómicos). No hay que dejarse engañar por sus afanosos intentos de erigirse en paradigma de líder prudente en materia nuclear. Es cierto que ha frenado la expansión del programa del plutonio-239 y ha cancelado la construcción de un reactor supergenerador similar al controvertido "Super Phenix" francés; su esperanza es que el resto de los países occidentales sigan su pauta. Para Carter, se trata de reemplazar el temible plutonio por un combustible más manejable que posiblemente será el torio. El supergenerador de torio tiene un ardiente defensor en el almirante Hyman Rickover, al que Carter considera como padre espiritual. Sin embargo, el torio produce uranio-233, que también puede ser transformado fácilmente en cabezas nucleares...

No hay solución cómoda para el problema. En realidad, Carter está abiertamente a favor de la energía atómica y además se halla presionado por el poderoso "lobby" nuclear, tan activo en Washington. Posiblemente tendrá que conceder subsidios federales a las empresas más afectadas por su viraje, pero aun así es difícil que logre refrenar sus ventas al extranjero; la famosa justificación de "si no lo hacemos nosotros, otros lo harán" sigue teniendo peso. Y a base de parches no va a impedir la hecatombe. Hay sed de armamento nuclear, los reactores funcionan en los cinco continentes y los Gobiernos se niegan a hacerse eco de la amenaza. Son demasiados años de acciones irresponsables. ■ D. A. M.

PUBLICAMOS en este número la primera entrega

de una larga serie de Andrés Vázquez de Sola: "La perra vida de un perro flaco". Una obra del tipo de la que iniciamos hoy (puesto que se trata de una obra, ya que está concebida como una unidad, como un todo gráfico y literario) es una empresa que, por su ambición, pone a prueba a un humorista, a un creador.

Ante todo pone a prueba la coherencia ideológica y artística del autor, ya que la secuencia pretende ser una visión totalizadora del mundo que le ha tocado vivir y sufrir al personaje, "al perro flaco".

En esta serie, Vázquez de Sola no sólo trata de revisar su propia biografía, sino de trascender las anécdotas personales de tal manera que el lector se encuentre en cada una de las situaciones.

En este punto reside el desafío artístico del autor. La biografía del personaje sería en ese caso también la nuestra, la colectiva.

En este sentido las reflexiones del personaje de Vázquez de Sola —moralizantes, irónicas, cargadas de extrañeza— se convierten

en una reflexión sobre la historia más reciente.

Así el pobre tipo que nos irá describiendo su creador

no sólo tendrá que contar su miseria sexual y la miserable concepción del mundo

que se le ofreció en los años de nuestra posguerra, sino que tendrá que elegir ante las grandes propuestas políticas.

Los pequeños hechos alternan con las experiencias colectivas trágicas: Vietnam o Chile, por ejemplo. Ahora tiene la palabra, y el gesto, Vázquez de Sola. ■